

N.º 2 septiembre 2016

POÉTICAS

Revista de Estudios Literarios



POÉTICAS

Revista de Estudios Literarios



ÍNDICE

Págs.

[ESTUDIOS]

Andrew A. Anderson
DIVÁN DEL TAMARIT 5

Juan José Lanz
BLAS DE OTERO
«EN CANTO Y ALMA» 27

Judith Nantell
THE POETICS OF EPIPHANY... 63

Juan José Rastrollo Torres
«METROPOLITANO» O LA
POÉTICA DE CARLOS BARRAL 89

[ARTÍCULOS]

Juan Esteban Villegas Restrepo
LA CRÍTICA LITERARIA... 113

Tamar Flores Granados
LA FIGURA DEL INTELECTUAL... 129

Erin L. McCoy
UNA NUEVA
POÉTICA GALLEGA 145

[ENTREVISTA]

Antonio López Ortega
CONVERSACIÓN
CON RAFAEL CADENAS 157

[POEMAS]
YUSEF KOMUNYAKAA 163

[RESEÑAS]
Tania Ganitsky
THE GORGEOUS NOTHINGS 171
Zachary Rockwell Ludington
THE HATRED OF POETRY 177

José Andújar Almansa
UN LECTOR LLAMADO
FEDERICO GARCÍA LORCA 183

Mariela Dreyfus
RÍO EN BLANCO 189

Normas de publicación /
Publication guidelines 193

Orden de suscripción 201

[ARTÍCULOS]

Fotografía, Kai Oberhäuser



LA CRÍTICA LITERARIA FRENTE
A LA RELACIÓN ENTRE POESÍA Y
VIOLENCIA EN COLOMBIA: ¿ESPACIO
DE MEMORIA U OLVIDO?

—
LITERARY CRITICISM TOWARDS THE RELATIONSHIP
BETWEEN POETRY AND VIOLENCE IN COLOMBIA:
A SPACE OF MEMORY OR OBLIVION?
—

Juan Esteban Villegas-Restrepo
Universidad de Antioquia

RESUMEN

PALABRAS CLAVE { Poesía, Violencia, Colombia, Crítica Literaria, Siglo xx }

Este trabajo toma como foco de estudio la relación entre el discurso poético colombiano del último siglo y el fenómeno de la violencia. Más que ofrecer un análisis detallado de un corpus de obras en específico, el trabajo busca primero que todo visibilizar la inmensa laguna teórico-conceptual en torno al tema. Es con dicha laguna en mente que el trabajo, en una segunda instancia, propone posibles líneas de acercamiento al fenómeno de la violencia a partir de lo que el discurso poético tiene para ofrecer. En esta medida podría decirse que el trabajo da cuenta de la necesidad de un corpus crítico que permita estudiar cómo la poesía colombiana del siglo xx, y lo que va del siglo xxi, ha navegado, resistido, contestado, subvertido o incluso traspasado el um-

Fecha de recepción 14/5/2016 Fecha de aceptación 21/7/2016

bral ontológico, discursivo, representacional y figurativo de la violencia y sus múltiples correlatos.

ABSTRACT

KEYWORDS { Poetry, Violence, Colombia, Literary Criticism, 20th Century }

This article takes as a focus of attention the relationship between Colombian poetic discourse and the phenomenon of violence. Rather than offering a detailed analysis of a specific corpus of poems, this article first of all seeks to make visible the vast theoretical and conceptual lacuna on the issue. It is with this gap in mind that the article then proposes possible lines of approaching the phenomenon of violence based on what poetic discourse has to offer. In this sense, it can be said that the article seeks to highlight the need of a theoretical corpus that allows for the study of how twentieth and twenty-first century Colombian poetry has navigated, resisted, contested, subverted or even trespassed the ontological, discursive, representational, and figurative threshold of violence and its multiple correlates.

En sincronía con estudiosos del fenómeno de la modernidad y, más específicamente, la modernidad latinoamericana como Enrique Dussel, Aníbal Quijano y Walter Mignolo, Jesús Martín Barbero ha sido claro al enfatizar cuán inherente ha sido la violencia a dicho fenómeno, a punto tal que ésta, lejos de ser vista como un escollo a superar, debe ser concebida como la esencia negativa de la misma, es decir, como el «*escenario* donde se reflejan las contradicciones y se representan los conflictos que moviliza[n] [a la modernidad]...» (30, énfasis del autor). Partiendo de esta visión correlativa entre modernidad y violencia, cabe señalar, sin embargo, que, en el caso de Colombia, las violencias sucesivas no han sido las únicas que han contribuido a la movilización de la modernidad. De dos o tres décadas para acá, también su anverso, las negociaciones de paz y sus múltiples correlatos, han dado

muestras de querer darle una cierta continuidad al orden simbólico de la violencia, mayormente a través de la articulación de procesos deshistorizantes que han hecho de la resemantización de los procesos y los sujetos tanto humanos como no humanos que han formado parte del conflicto su arma más eficaz. Ejemplo concreto de ello se puede ver, por ejemplo, tanto en las gramáticas del conflicto como en las del posconflicto, gramáticas estas en las que términos como “migración”, “desplazamiento forzado”, “retención selectiva” y “secuestro”, con todo y lo semánticamente disímiles que son entre ellos, han sido cínicamente empleados de manera intercambiable por el Estado, los paramilitares, las guerrillas y la delincuencia común.

Lo interesante de todo esto es que también las artes han sabido aprovechar esta coyuntura histórica para reformular nuevas y diversas maneras de pensar a Colombia. Paradójicamente, los mismos mecanismos de los que se han valido el Estado y los demás actores del conflicto para intentar reconfigurar nuestro devenir histórico como nación, son los mismos que le han permitido a los actores socio-culturales de los últimos años dinamitar los rígidos marcos lingüísticos, narrativos, espaciales y temporales ensamblados por los primeros para interpretar nuestra realidad. En lo que a la literatura respecta, tal vez sea temprano para esbozar un derrotero preciso y claro de cómo las obras de fines de siglo xx y comienzos del xxi se han enfrentado a esta contradicción tan propia de la modernidad. No obstante, de un tiempo para acá varios críticos han meditado sobre los procesos a través de los cuales nuestras muchas literaturas, conscientes quizás de lo naturalizadas que han sido todas estas resemantizaciones y representaciones de nuestra historia republicana, han ideado nuevas y diversas maneras de leer al país. Críticos como Gustavo Guerrero, Aníbal González, Carmen Boullosa y Catalina Quesada sostienen que dicho fenómeno se ha ido concretando más y más con la aparición de una serie de novelas, cuentos y crónicas que apuntan a la conformación de una cierta literatura posnacional. Como bien escribe Quesada, la literatura posnacional, de la cual el novelista Fernando Vallejo (1942-) bien podría ser uno de

sus más claros exponentes, es aquella que con «el escepticismo y el malditismo», termina «desbaratando en el camino la constelación nacionalista y sus héroes y dejando al descubierto algunas de las inercias e imposiciones que contribuían a crear una nación tan monolítica como fingida» (8).

Indagar acerca de cuán exitosos han sido los esfuerzos de estas literaturas posnacionales es algo que claramente excede la temática que aquí queremos discutir. Preocupa, sin embargo, la atención aparentemente excesiva que tanto la crítica literaria como el mercado le ha dado a la narrativa, en comparación con otros géneros literarios como el teatro o la poesía, en estos procesos de reconfiguración histórica, política y cultural del país. Un posible punto de partida para tratar de entender el porqué de esta supremacía sería el de analizar las repercusiones genéricas, ontológicas, culturales y económicas que correlatos paralelos como lo fueron el fenómeno del *boom* y la publicación de *Cien años de soledad* en los sesenta, tuvieron para los escritores, los lectores, editores y críticos en Colombia. Dentro de este contexto, los estudios de David Viñas, Ángel Rama, José Donoso y, más recientemente, los de Alejandro Herrero-Olaizola, resultan útiles al momento de dimensionar la enorme disparidad que un fenómeno como el *boom* tuvo con respecto a la taxonomía de géneros literarios en el continente, y más específicamente, entre la narrativa y la poesía. De ahí que José Donoso, en su *Historia personal del boom*, subraye que

Una de las características de los poetas hispanoamericanos de la primera mitad de este siglo fue la forma en la que cultivaron la amistad literaria, cosa que era fácil porque todos provenían de países distintos y así los roces no resultaban dañinos. Esta “amistad” —a veces llamada “mafia” por aquellos que se sienten excluidos— entre los novelistas actuales es una de las cosas que más se les echa en cara, acusándolos de hacerse bombo mutuamente, de escribir unos sobre otros, de mantener una especie de frente unido admirativo que no acepta ni crítica ni inquisiciones. (73)

El hecho resulta más sorprendente y preocupante todavía si tenemos en cuenta que, en lo que va corrido del siglo XXI, la poesía co-

lombiana ha alcanzado una especie de cenit no solo continental, sino también mundial. Un cenit que, vale la pena decirlo, se ha alcanzado a través de una poesía sumamente intimista, sin que ello suponga un desentendimiento de la convulsa realidad nacional; una poesía lírica cuya «pura subjetividad», siguiendo a Adorno, es precisamente lo que logra dar «tanto testimonio de lo contrario, del sufrimiento por la existencia sin sujeto, como del amor a ella» (57-8). Así lo han demostrado Jorge Cadavid, Juan Felipe Robledo y Óscar Torres en un estudio sobre el estado de la poesía colombiana entre el 2000 y el 2010:

La poesía colombiana logra proyección internacional: Ramón Cote obtiene en España el III Premio Casa de América en 2003 y Caja de Madrid en 2010; Juan Felipe Robledo recibe en México el Premio Jaime Sabines en 2009 (sic); Miguel Ángel López-Hernández gana en La Habana el Premio de Poesía Casa de las Américas en 2000; John Galán se hace merecedor del primer premio, en 2009, en el Certamen de poesía Villa de Cox, en España. (142)¹

A lo dicho por Cadavid y compañía, podríamos agregar también el gran número de festivales, centros culturales, secretarías de cultura e institutos oficiales de carácter descentralizado a nivel municipal, departamental y nacional que buscan no solo preservar sino también catapultar el trabajo de poetas nacionales con y sin trayectoria. Dejando a un lado el de Medellín, que goza ya de un prestigio internacional cada vez más ingente, festivales de poesía como el de Bogotá, Bucaramanga y Roldanillo (este último dedicado a la poesía escrita por mujeres), han ido adquiriendo también una mayor visibilidad.

Sea cual sea el caso, lo cierto es que ningún poeta o escritor colombiano, independientemente del período, la vertiente estética o la temática a la cual se halle adscrito, ha permanecido inmune a esta guerra irregular que, desde comienzos de siglo xx, ha involu-

1. Cabe aclarar que Robledo obtuvo el premio Jaime Sabines en 1999, y no en el 2009 como él mismo, en calidad de autor del artículo citado, lo afirma.

crado al Estado, a las guerrillas de izquierda, a ejércitos paramilitares y a grupos de delincuencia común. No obstante, y como bien decíamos antes, un vistazo a los estudios que han abordado el tema de la violencia y la literatura colombiana nos pondría de cara al hecho lamentable y preocupante de que el género de la novela, y más recientemente el del relato autobiográfico y el testimonio, han sido los más estudiados por la crítica. Así lo constatan estudios como *Del mito a la posmodernidad: la novela colombiana de finales del siglo XX* (1990) de Álvaro Pineda Botero; *Novela y poder en Colombia 1844-1987* (1991) de Raymond L. Williams; *Fin de siglo: narrativa colombiana: lecturas y crítica* (1995) de Luz Mary Giraldo; *La novela colombiana hacia finales de siglo veinte* (1997) de Lucía Ortiz; *Literatura y cultura. Narrativa colombiana del siglo XX. Diseminación, cambios y desplazamientos* (2000), editado por María Mercedes Jaramillo, Betty Osorio y Angela Inés Robledo; *Novela histórica en Colombia 1988-2008: entre la pompa y el fracaso* (2009) de Pablo Montoya; *De la abyección a la revuelta: La nueva novela colombiana de Evelio Rosero, Tomás González y Antonio Ungar* (2013) de Paula Andrea Marín Colorado; y, más recientemente, *Periplo colombiano* (2014), compendio de ensayos sobre narrativa colombiana contemporánea editado por Erminio Corti y Fabio Rodríguez Amaya. Panorama este que, en síntesis, sirve para confirmar la inmensa laguna teórica y crítica que existe en torno a los estudios de poesía colombiana y violencia.

Con todo, también es cierto que esta displicencia de la crítica académica para con el género poético en el país, y la relación del mismo con el fenómeno de la violencia, ha sido alentada por los dictámenes de varios antólogos y prologuistas. Destacamos tres: el de Andrés Holguín, el de Juan Gustavo Cobo Borda y el de León Valencia. En su *Antología crítica de la poesía colombiana (1874-1974)*, Holguín, afamado antólogo, crítico y editor bogotano, denuncia la poca atención que la lírica colombiana le ha prestado a nuestra historia y sus diferentes correlatos, a punto tal de llegar a decir, hacia el final del segundo volumen, cuando el inventario ya está casi que hecho, que «nuestra poesía ha sido creada al margen de la historia y de ahí que los problemas [...] como las guerras,

violencia, miseria o el hambre, no [aparezcan] suficientemente reflejados, transmitidos, vivenciados en sus poemas» (342). Por su parte, Cobo Borda, en la introducción a su *Historia de la poesía colombiana Siglo xx*, reclama que «la poesía, como la violencia colombiana, [sean] dos de nuestros rostros que aún no asumimos del todo» (12). Por último, en el prólogo a la antología *La casa sin sosiego: la violencia y los poetas colombianos en el siglo xx*, preparada por Juan Manuel Roca en el 2007, el politólogo y ex-integrante del grupo guerrillero de izquierda M-19, León Valencia, se lamenta que en dicho libro no hubiese podido encontrar «la trágica epopeya de la guerra» (9).

Siguiendo a Hans Magnus Enzensberger, lo que estos tres juicios dejan al descubierto es que «la estética literaria burguesa [de la cual Holguín, Cobo Borda y Valencia parecen ser claros exponentes] desconoce o disimula el hecho evidente de que la poesía es de esencia social» (213). Por ende, nuestra renuencia a creer en juicios tan ridículamente categóricos como estos. En Colombia los poetas tanto del centro como de la periferia sí que han dialogado con la violencia. Lo que ocurre quizás es que muchos de ellos, como bien ha señalado Selnich Vivas Hurtado, lo han hecho con la plena consciencia de que

el enemigo al que se enfrenta la poesía, no es simplemente la escritura estigmatizada o demonizada. El enemigo de la poesía y de todo acto artístico es justamente el lenguaje mismo. Las formas establecidas y consolidadas del lenguaje, en las que se registran e imponen ciertos modelos de pensamiento, impuestos a sangre y fuego en el orden social, son los rivales del arte (58).

No extraña por eso que sean pocos los textos críticos en Colombia que se han aventurado a hablar sobre el diálogo que la poesía sostiene con la violencia. Destaco cinco: *Las palabras están en situación: un estudio de la poesía colombiana de 1940 a 1960*, del crítico y poeta Armando Romero, *Polen y escopeta: la poesía de la violencia en Colombia*, de Juan Carlos Galeano, «La poesía colombiana frente al letargo» de Juan Manuel Roca, y «Reflexiones sobre la poesía y

la guerra» y «Poetizar, un crimen», ambos de Selnich Vivas Hurtado. Veamos.

Publicado en 1985, *Las palabras están en situación...* ofrece un análisis exhaustivo de las producciones poéticas de «Los cuadernícolas» y «Mito» dentro del marco de las dinámicas políticas y sociales del periodo de «La violencia»². El estudio de Romero resulta fundamental en el sentido que indaga sobre la contribución que parte de la poesía colombiana de estas dos décadas hizo al fortalecimiento de esa «confusión dialéctica» (17) propiciada por la pugna entre conservadores y liberales. Más que ensalzar la labor poética, Romero denuncia el maniqueísmo, propio también de nuestra clase dominante, de gran parte de la *intelligentsia* nacional al momento de dar lectura de nuestro devenir como nación. Con todo y ello, el autor destaca también la manera en que parte de la poesía de este periodo, y más específicamente la de «Mito», se fue en contra de «la falsa retórica que hasta ese momento había encubierto la vida de la Nación, la cual estaba construida sobre los cimientos de la oratoria y los himnos nacionales» (121). De ahí la importancia de un poeta como Jorge Gaitán Durán quien, sabedor de los múltiples efectos que la estela de la guerra comenzaba a dejar a su paso, se decidió a poetizar la nación y su drama desde estribaciones aparentemente lejanas a la violencia como lo fueron las del erotismo.

2. «La Violencia» es el rótulo historiográfico eufemístico con el que se ha denominado el período de lucha, más que entre el Partido Liberal y el Partido Conservador, entre la clase campesina adscrita a dichos bandos, a mediados del siglo xx en Colombia. Si bien no fue declarado nunca como Guerra Civil, este período, que va desde 1948 y cuyos fines se encuentran aún en discusión (1958 para unos, 1966 para otros), se caracterizó por su sevicia y su destrucción, como también por el período que da inicio a las primeras semillas guerrilleras rurales y urbanas en el país, que luego vendrían a constituir el Ejército de Liberación Nacional (ELN), las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), el Ejército Popular de Liberación (EPL) y el Movimiento 19 de abril (M-19), y más recientemente, su contraparte, el ejército paramilitar Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), hoy supuestamente inexistentes. Según Paul Oquist (1978), se estima que el número total de muertes relacionadas con «La Violencia» ronda los 195,000 y que el de desplazados está cercano a los 2 millones (18-20). Como bien nos recuerda Darío Fajardo M. «la denominación “la violencia” corrientemente utilizada no es compartida por todos los investigadores y algunos la consideran como eufemística» (361). En este sentido, Fajardo comenta que estudiosos de los fenómenos de la violencia como Marco Palacios, proponen «utilizar en su estudio sobre violencia pública la noción de conflicto armado» (361).

En línea similar está el libro de Juan Carlos Galeano, *Polen y escopeta: la poesía de la violencia en Colombia*. En dicho estudio, quizá el fundacional en el campo de estudios sobre poesía y violencia en Colombia, el autor detecta lo que, según él, constituyeron las dos actitudes y/o tendencias de la escritura poética durante la llamada época de «La Violencia»: «la primera de ellas (quizás como una forma de respuesta ante la tragedia), nos deja ver una actitud de vitalidad consolatoria; la segunda, una visión de pesimismo matizado por su carácter crítico» (27). A ojos del autor, estas dos vertientes, al ser vistas de manera conjunta, «constituyen una escritura que, a pesar de erigirse a partir de la inmediatez circunstancial, desde el “simple inventario de muertos”, tiene como objeto resolver la justa cólera y la angustia con una voz de aliento...» (27). Temáticamente hablando, cabe destacar también la manera en que el autor, ampliamente conocido por su faceta de poeta ecológico, aborda la poesía de la violencia desde el constructo arquetípico de la fecundación de la tierra a partir de las víctimas, hecho este que invita a contemplar también – cosa que él no hace - la posibilidad de pensar la violencia desde una óptica menos antropocéntrica, esto es, más consciente de los efectos que la guerra ha tenido sobre nuestra naturaleza, sobre nuestra tierra.

En «La poesía colombiana frente al letargo», el poeta colombiano Juan Manuel Roca cuestiona la negligencia de la tradición tanto crítica como poética del país a la hora de dar cuenta de nuestro devenir poético como nación. Por debajo, pero muy por debajo del texto de Roca, se vislumbra una ácida postura del autor frente a esa estética del retoricismo de algunos autores de generaciones anteriores a él en los que el «cómo» parece valer más que el «qué» (59). En yuxtaposición a ello, Roca muestra entonces cómo poetas de la talla de Eduardo Cote Lamus, Fernando Charry Lara y Jaime Jaramillo Escobar han integrado, directa o indirectamente, los bruscos latidos de un país violento y amnésico a su quehacer poético, para mostrar la manera en que «la poesía nos aproxima a esa pulsión entre palabra y morir» (65). Escrito en un estilo más poético que académico, el texto de Roca nos presenta entonces

unas reflexiones necesarias, pero carece de un aparato teórico sólido que permita esclarecer más a fondo cómo el lenguaje de la poesía ha reconfigurado, para bien o para mal, nuestra concepción histórica y filosófica del drama que hasta hoy nos asfixia.

Adscrito a un sendero estético muy similar al de Roca, pero apuntalado al mismo tiempo por una base teórica muchísimo más sólida, Selnich Vivas Hurtado, en sus ensayos «Reflexiones sobre la poesía y la guerra» y «Poetizar, un crimen», ofrece una doble visión de lo que el acto poético encierra para sus adentros al momento de encarar el conflicto armado. Así, en el primero de estos ensayos Vivas reivindica el valor del lenguaje poético a la hora de «pensar en una reflexión histórico-social sobre el porqué de la prolongación de la guerra y el aumento de la sevicia en el país [en complemento] a lo que la Sociología, el Derecho y el periodismo investigativo» (393) pueden hacer. Contrario a lo expuesto por Holguín, Cobo Borda y Valencia en las antologías, Selnich Vivas sí reconoce que «en la literatura colombiana abundan poemas de gran valor documental que evidencian la fiereza del conflicto frente a los individuos indefensos» (393). Pero opina que estas «son obras secundarias, sin ningún valor poético, pero que, por su cantidad, entre escritores profesionales, consagrados o no, y entre escritores aficionados, jóvenes o viejos, reflejan una preocupación colectiva por querer aprehender el fenómeno de la guerra» (393). Por su parte, en el segundo ensayo, el crítico y escritor colombiano entiende, sin embargo, que «poetizar el crimen es una redundancia, si se tiene en cuenta que el acto poético nace de una voluntad de cambio radical que implica la muerte, la supresión de algo dado, para renacer en pájaro, en piedra, en montaña, en río» (71).

Ahora bien, con todo y su valor, su pionerismo en el campo de los estudios poéticos sobre la violencia, lo cierto es que todos estos estudios se han negado a aceptar los múltiples rostros que esta última ha adquirido en nuestro territorio y sus habitantes. Víctimas de un tradicionalismo crítico abiertamente culturalista derivado en vulgar antropocentrismo y materialismo, la crítica poética actual,

casi que culpable de la misma miopía que se le ha endilgado a la clase gobernante y a los demás actores del conflicto armado, se ha negado a aceptar los múltiples rostros / lenguajes que la violencia ha adquirido en nuestro territorio y sus habitantes. Una violencia que, en muchos de los casos, ha trascendido el simple pero siempre tenebroso espectáculo de la sangre, para verse reflejada también de manera ecológica, afectiva o simplemente simbólica. Ello para decir entonces que, con la salvedad de unos cuantos casos, aquí, el poetizar la violencia, no siempre ha sido sinónimo de cantar sus dolores y horrores, de untarse de sangre y soledad; tampoco ha sido sinónimo —como en su momento lo pensase ese gran poeta de la posguerra que fuese Paul Celan— de «volver a casa». En consonancia con Theodor W. Adorno, lo que la crítica nuestra no ha querido aceptar es que la poesía, nuestra poesía,

se encuentra socialmente garantizada del modo más profundo cuando no repite simiescamente lo que dice la sociedad, cuando no comunica nada, sino cuando el sujeto que recibe el acierto de la expresión llega a coincidencia con el lenguaje, allí donde el lenguaje por sí y de sí aspira (61).

Si todas estas intuiciones han de ser correctas, los críticos de poesía colombiana estaríamos entonces en un punto de total inflexión. Ya no bastaría con indagar acerca de su función dentro de un contexto político y social específico. Mejor sería preguntarnos si el poco número de estudios críticos que abordan el fenómeno de la violencia a partir de nuestra producción poética nacional no revela acaso la necesidad de una nueva aproximación crítica y teórica al tema. Un acercamiento que, por ejemplo, dé cuenta de las aproximaciones éticas y estéticas del quehacer poético a las violencias del país, con base a las transiciones históricas que éste ha vivenciado a lo largo del siglo xx, es decir, con base a las modificaciones que etapas como la modernización parcial (1920-1946), el desarrollo capitalista (1950-1990), la apertura neoliberal (1990-2000) y, más recientemente, la globalización, han tenido sobre nuestras muchas violencias y en los sujetos tanto humanos

como no-humanos que las han experimentado. Un acercamiento que, en definitiva, tome en cuenta las representaciones que nuestras muchas poesías nacionales han hecho de las dislocaciones no solo económicas y políticas, sino también afectivas y ecológicas que nuestro brusco e improvisado ingreso a la modernidad ha ejercido sobre nuestro territorio y sus habitantes.

Justamente partiendo de una concepción atomizada como ésta en torno al fenómeno de la violencia es que creemos que valdría la pena poner a prueba, por ejemplo, la viabilidad metodológica de estudios como los siguientes:

Uno que partiendo de la producción poética de, digamos, un León de Greiff (1895-1976), un Germán Pardo García (1902-1991) o un Aurelio Arturo (1906-1974), estudie la violencia colombiana desde una lógica ecológica y ambiental. Un estudio de esta índole serviría, entre otras cosas, para indagar acaso si estos poetas de comienzos de siglo xx, al ser conscientes de los efectos que los procesos de agro-modernización económica de la década del treinta y el cuarenta trajeron consigo, comenzaron a ver en los animales, páramos, ríos, valles, trochas y sembrados, signos poéticos más que útiles para pensar la realidad ecológica y ambiental de un país fuertemente marcado por el dominio y la explotación del hombre, la naturaleza y sus múltiples recursos. O, en su defecto, uno que tomando como punta de lanza la poesía ancestral de un Fredy Chicangana (1964-), un Vito *Apüshana* (1965-), un Hugo Jamiroy Juagibioy (1971-), o la afro de un Alfredo Vanín (1950-), una Lucrecia Panchano (1940) o una Mary Gruesso (1947), muestre cómo los daños ecológicos o ambientales producto de las dinámicas no solo del conflicto armado, sino también del neo-extractivismo corporativo de carácter multinacional, pueden ser vistos como una muestra fehaciente de una violencia ecológica que, hoy por hoy, es visible, pero paradójicamente invisibilizada.

Uno que al enfrentarse a la violencia rural bipartidista de la década del cuarenta y el cincuenta (la llamada época de «La Violencia»), se atreva a explorar si esa especie de poética del sufrimiento y ese fetiche pornográfico con respecto a los vejámenes

causados por la violencia que un poeta como Carlos Castro Saavedra (1924-1989) ofrece en libros como *Fusiles y luceros* (1946) y o *Camino de la patria* (1951), no resulta acaso problemática dada su aparente convicción de que el dolor y la barbarie pueden ser representados y/o nombrados en su totalidad. O uno que dedique tiempo a pensar si el enfoque intimista, corpóreo y al mismo tiempo memorativo de la poesía escrita por un Jorge Artel (1909-1994) o un Héctor Rojas Herazo (1920-2002) puede leerse como un intento por construir un Gran Sujeto Histórico-Corporal de carácter fecundativo y jovial, ello en contrapeso al carácter trascendental de ese «Sujeto Histórico» que, según Jorge Iván Marín Taborda, muchos ciudadanos de la época le otorgaron a «La violencia» (37) para así despersonalizar, pero al mismo tiempo darle sentido a su pérdida, a su sufrimiento³.

Uno que se pregunte si la poesía de la década del ochenta y el noventa de un José Manuel Arango (1937-2002), una María Mercedes Carranza (1945-2003), un Mario Rivero (1935-2009) o un Pedro Arturo Estrada (1956-), escrita y publicada en pleno momento de ebullición de la violencia ya no rural sino urbana en el país, no construye acaso significados en torno a las violentas dialécticas ciudadinas que se articulan entre el espacio público (ciudad-calle-cuadra) y el privado (casa-cuerpo).

Desde luego, estos no serían más que esbozos metodológicos y conceptuales para abordar un fenómeno cuyas temporalidades, modalidades y efectos se escapan a las simples periodizaciones tanto históricas como poéticas. Aun así, quisiéramos creer que estas son aproximaciones que, en primer lugar podrían ayudar a explorar las posibles maneras en las que algunas manifestaciones poéticas del país re-imaginan las subjetividades y las formas de

3. Para Marín Taborda, es justamente ese carácter de Gran Sujeto Histórico trascendente lo que hizo que la violencia, en tanto fenómeno causado por las rencillas de las elites políticas, se viera «despersonalizada de sus responsabilidades» (37). De ahí que este historiador haga hincapié en que «el fatalismo de expresiones tales como “La Violencia me mató la familia...La Violencia me quitó la tierra” parecen sugerir la resignada aceptación de los efectos de un proceso social y político como si se tratara simplemente de un orden natural (¿o sobrenatural?) de las cosas» (38).

pertenencia al país con base a las diferentes manifestaciones del fenómeno de la violencia en el país a lo largo del siglo xx; que, en segundo lugar, posibilitarían evidenciar la manera en que algunos de estos textos ofrecen una lectura de la violencia colombiana desde una óptica trans-humanista / trans-antropocéntrica en la que las diferentes ecologías colombianas - y no solo el hombre - puedan ser integradas a esta lógica constructiva de la memoria, la reparación y la reconciliación; y que, por último, contribuirían, con el caso colombiano, al engrandecimiento de un aparataje crítico latinoamericano que gire en torno al fenómeno de la violencia.

No se trata, pues, de privilegiar a las muchas manifestaciones poéticas del país (en un sentido neoplatónico) como formas superiores para la reflexión socio-histórica en el país, el fomento del cambio social y/o la diseminación de valores, sino más bien de recuperar el valor de la poesía, en tanto que discurso testimonial, para pensarnos. Esto es, para pensarnos como nación violenta y violentada que seguimos siendo.

El campo, triste y desolador desde cualquier punto de vista, está pues abierto.

OBRAS CITADAS

Adorno, Theodor W. *Notas de literatura*. Traducción de Manuel Sacristán. Barcelona: Ediciones Ariel, 1962.

Barbero, Jesús Martín. «Modernidades y destiempos latinoamericanos». *Nómadas* 8 (1998): 20-34. Publicación en línea: https://www.ucentral.edu.co/images/editorial/nomadas/docs/nomadas_8_2_modernidades.pdf

Cadavid, Jorge, Robledo, Juan Felipe y Oscar Torres. «Poesía colombiana 1990-2012». *Co-herencia* 9.17 (2012): 131-153.

Cobo Borda, Juan Gustavo. *Historia de la poesía colombiana siglo xx: de José Asunción Silva a Raúl Gómez Jattin*. Bogotá: Villegas Editores, 2003.

Donoso, José. *Historia personal del boom*. Barcelona: Anagrama, 1972.

Enzensberger, Hans Magnus. *Detalles*. Traducción de Millet Angochea. Barcelona: Anagrama, 1969.

Fajardo, Darío M. «Estudio sobre los orígenes del conflicto social armado, razones de su persistencia y sus efectos más profundos en la sociedad colombiana». *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia. Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas*. Bogotá: Ediciones Desde Abajo, 2015. 361-419.

Holguín, Andrés. *Antología crítica de la poesía colombiana 1874-1974, Tomo II*. Bogotá: Biblioteca del Centenario del Banco de Colombia, 1974.

Marín Taborda, Jorge Iván. «Historia y violencia en la Colombia contemporánea». *En Torno a la Violencia en Colombia. Una propuesta interdisciplinaria*. Comp. Cecilia Castro Lee: Programa Editorial Universidad del Valle, 2005. 33-64.

Oquist, Paul. *Violencia, conflicto y política en Colombia*. Bogotá: Banco Popular, 1978.

Quesada Gómez, Catalina. «Literatura y globalización: la narrativa hispanoamericana en el siglo XXI (espacio, tiempo, géneros)». *Lecciones Doctorales 14*. Medellín: Doctorado en Literatura, Facultad de Comunicaciones, Universidad de Antioquia, 2014.

Roca, Juan Manuel. «La poesía colombiana frente al letargo». *Revista Casa del Tiempo* (octubre de 2003), 58-65. Publicación en línea: <http://www.uam.mx/difusion/revista/oct2003/roca.pdf>

Romero, Armando. *Las palabras están en situación: un estudio de la poesía colombiana de 1940 a 1960*. Santafé de Bogotá: Nueva Biblioteca Colombiana de Cultura, 1985.

Valencia, León. «Prólogo: La extraña ausencia de una épica en nuestra violencia». *La casa sin sosiego: La violencia y los poetas colombianos del siglo XX*. Ed. Juan Manuel Roca. Bogotá: Taller de Edición, 2007. 9-11.

Vivas Hurtado, Selnich. «Reflexiones sobre la poesía y la guerra». *La Universidad piensa la paz: obstáculos y posibilidades*. Comp. Carmen Lucía Díaz, Claudia Mosquera y Fabio Fajardo. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2002. 393-413.

—. *Komuya uai, Poética ancestral contemporánea*. Medellín: Sílabas Editores / Editorial Universidad de Antioquia - Grupo de Estudios de Literatura y Cultura Intelectual Latinoamericana – GELCIL, 2015.